

EL MADRIDEÑO.

VALS PARA PIANO **FORTE**

compuesto y dedicado

AL S.^r D.ⁿ NAZARIO CARRQUIRI

Gentil hombre de camara de S.M.

POR D. SANTIAGO GELOS.

HEMBROT
MUNICIPAL
MADRID

1

PIANO.

The musical score is written for piano in 3/8 time, featuring a key signature of one flat (B-flat). It consists of six systems of music, each with a grand staff (treble and bass clef). The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings. The first system begins with a forte (f) dynamic. The second system includes a triplet of eighth notes in the treble. The third system features a forte (f) dynamic and a triplet of eighth notes. The fourth system includes a triplet of eighth notes. The fifth system includes a first ending (1^a) and a second ending (2^a), with a piano dolce (p dolce) marking. The sixth system includes a first ending (1^a) and a second ending (2^a), with a piano dolce (p dolce) marking. The score is marked with a 'P' for piano and a 'f' for forte. The piece concludes with a final chord marked 'A'.

Handwritten musical score for piano, consisting of six systems of staves. The music is in a minor key and 3/4 time. It features various musical notations including triplets, dynamic markings (*p*, *f*, *cres*), and articulation marks. The lyrics "cen - do" and "p amoroso." are visible.

3

con brio.

a la \times hasta la θ
y sigue aqui. CODA.

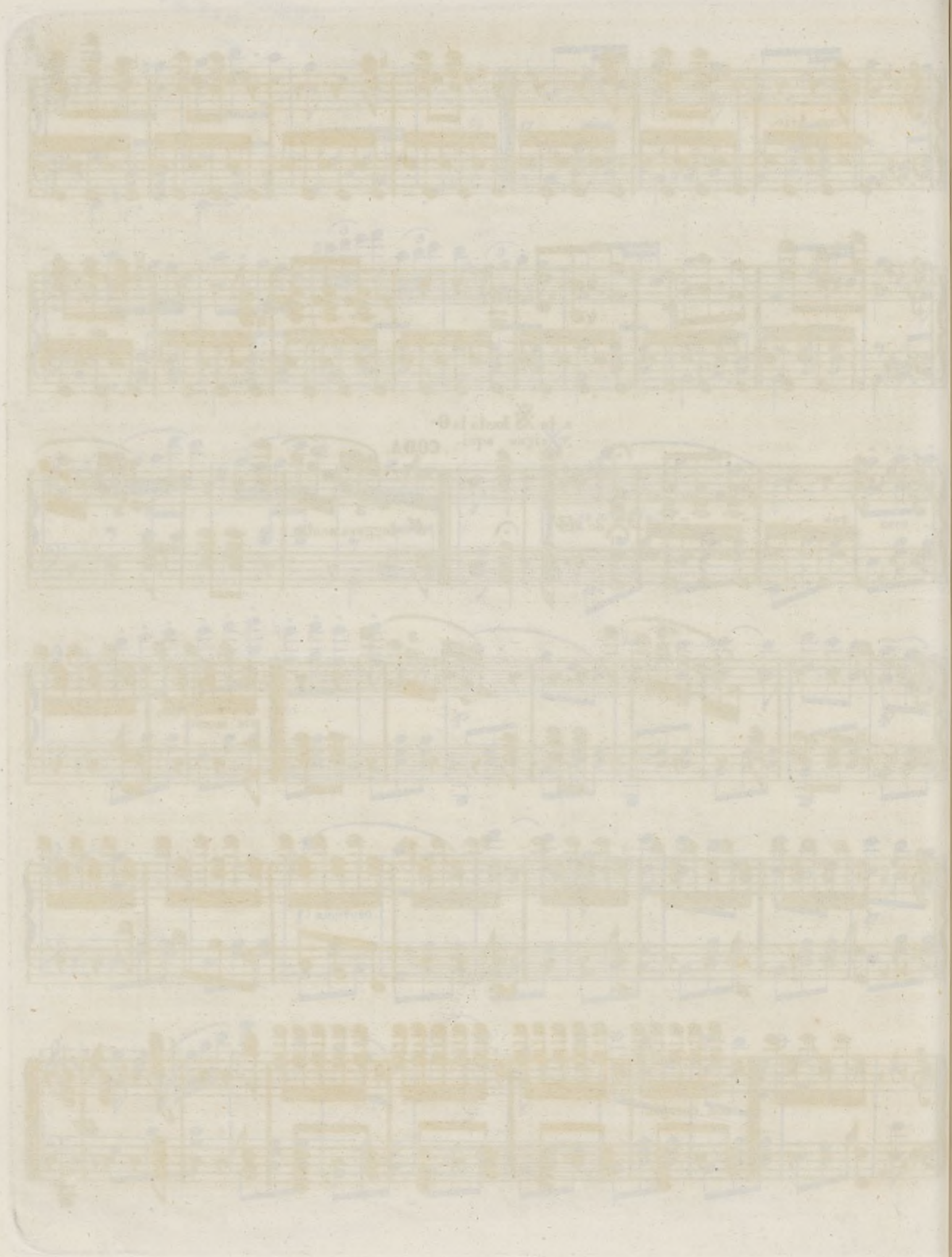
ren - do ff

f leggeramenta

piu mosso.

con energia.

f ff



DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.(**FIGARO.**)

Artículo 3.º

De resultas de los disgustos y sinsabores que sufrió hácia este tiempo, trató de dejar la España y hacer una escursión al extranjero. Quiso visitar la Francia y la Inglaterra, y como entonces estaban casi interceptadas las comunicaciones con el lado allá de los Pirineos á causa de la guerra, emprendió su viaje por Portugal, adonde se trasladó por Estremadura. Llegado á Lisboa fué muy bien recibido en todas partes, y obsequiado por los sábios y literatos, que le conocían de nombre. Lo propio le sucedió en Londres y París, para cuyas capitales se embarcó en seguida. En la última de estas dos ciudades debió las mayores distinciones al baron Taylor, su amigo particular, y á quien conocía ya desde España, que le acompañó á todos los establecimientos dignos de ser visitados, y le asoció para que escribiese en una obra que entonces se publicaba allí, titulada: DESCRIPCION DE LA PENÍNSULA. Al fin, no pudiendo vivir mas tiempo fuera de su patria, se decidió á volver á ella hácia últimos de 1835, despues de diez meses de ausencia, verificando esta vez su viaje directamente por la frontera.

EL ESPAÑOL, periódico célebre por su tamaño, jamás conocido en España, y que acababa de crearse, fué quien recogió en esta época los trabajos de FIGARO. Volvió este á su chistosa garrulería contra los abusos de toda clase, á sus punzantes alusiones contra los desaciertos del gobierno, á sus ingeniosas críticas de los teatros, de los actores y de los libros. El público continuó mostrándole iguales simpatías. Su viaje habia contribuido á madurar su talento, y hacerle adquirir una solidez y un aplomo que tal vez le faltaban antes.

Por este tiempo, habiéndose formado el gabinete del ministerio Isturiz (mayo de 1836), se anunció solemnemente á la nacion que sus deseos iban á tener logro, mediante la convocacion de las córtes revisoras, que debían ocuparse en formar una nueva Constitucion; y este paso, que parecia deber reconciliar á los dos grandes partidos en que se habia fraccionado la comunión liberal, los dividió mas y mas; esos dos partidos, cuyo destino no se ha fijado todavía, siendo á estas horas un misterio si llegará alguna vez para ellos el día de la reconciliación, ó si arrastrados antes de tristes y miserables pasiones que de un amor sincero á su país y á los principios que invocan, preferirán irse á perder, el uno en el depotismo y el otro en la anarquía.

FIGARO se decidió por el bando conservador, no ciertamente porque sus ideas liberales no fuesen suficientemente avanzadas, sino porque no veía la necesidad de esponer á la nacion á nuevos trastornos, ni las instituciones á nuevas conmociones, cuando las legítimas exigencias populares iban á ser satisfechas y asentada la libertad bajo firmes y seguras bases. Preparábase además por su parte á tomar una muy directa en el movimiento reformador, pues habia sido nombrado diputado por la provincia de Avila para las córtes que debían llevarlo á efecto; y esta circunstancia tenía que predisponer su ánimo en favor del sistema legal. Por consiguiente, cuando estalló el movimiento de Agosto se encontró sorprendido y sin esplicarse unos sucesos, en su concepto tan irregulares, viéndose de rechazo lanzado en el partido de la resistencia, no por simpatía hácia él, sino por la fuerza misma de las cosas.

Hemos citado estos hechos para hacer comprender de qué modo el fondo de sus escritos, el tono general de ellos y hasta las formas de su estilo sufrieron grandes é importantes modificaciones. Ya no es el instinto espontáneo del liberalismo lo que le inspira, son sus escesos y violencias: ya no critica las cosas, preocupado su ánimo de las nobles ideas de perfección y pro-

greso; la amargura del hombre desengañado es la que le mueve á escribir: ya no es la gracia, ni la ligereza, ni la amenidad lo que resalta principalmente en sus artículos, sino la aspereza, la irritación, la melancolía: y es que todas sus esperanzas se han disipado y todas sus ilusiones desvanecido; y es que un presente triste y desconsolador le hace desconfiar de todo porvenir risueño y fecundo.

El artículo de *El día de difuntos de 1836* señala esta nueva fase de la vida literaria de LARRA, y la resume toda, por decirlo así. Nadie puede ciertamente poner en duda el mérito de esta composición; la profundidad con que está concebida; la filosofía en que está vaciada; la altura del tono con que está escrita: pero juzgándola bajo un punto de vista mas grande que el de un apocado escepticismo, ¿tenía razón FIGARO en manifestar tanto desconsuelo, en sentir tanta amargura, en derramar tanta hiel en vista de los acontecimientos de que era testigo? No; pero él mismo nos explica esta aparente contradicción:«Quise refugiarme, dice, en mi propio corazón.... ¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi razón no es mas que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos:—¿quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! ¡Aquí yace la esperanza!...»—¡Oh! ¡un hombre sin esperanza no podía hablar de otro modo!

Y no son solo sus artículos políticos los que se resienten del giro que la revolución de la Granja hizo tomar á sus ideas y opiniones. La misma negra melancolía, la misma sombría desesperación reinan en sus artículos literarios, juntamente con las mismas lamentaciones por lo pasado. En vez de discurrir y meditar, divaga, vacila, deja dominar su alma por el desaliento. El mundo social, político y religioso no es para él mas que un edificio viejo que se desmorona por todas partes, y á quien en vano se aplican puntales para contener su ruina.

Imposible sería sin embargo desconocer la influencia que ejercieron en esta última fase de la

vida literaria del malhadado LARRA los pesares y quebrantos domésticos: la funesta pasión que tuvo la fatalidad de concebir, olvidando los mas sacrosantos deberes, se los acarreó grandísimos al fin de su vida. En vez de refugiarse contra el vacío de su corazón en los brazos de una esposa, se aferró mas y mas á su ilegítimo amor, el cual debía costarle la vida. La persona que se lo había inspirado no le guardaba ya una correspondencia, sin la que se creía completamente desgraciado. La inquietud y agitación de su espíritu crecían por momentos. Todos los que le trataron entonces íntimamente pudieron observar el desorden de sus ideas, la incoherencia de sus acciones, el desvarío de sus sentimientos, indicios de una catástrofe próxima. En el artículo consagrado á la memoria del malogrado conde de Campo-Alange, decía quince días antes de su muerte, con un tono melancólico y lúgubre:

«Ha muerto el joven y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa! ¡En la vida le esperaba el desengaño! ¡La fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por este que por aquella; que esos viven muertos y le envidian!» ¿No son estas las palabras de la agonía?

Llegó por fin el 13 de febrero de 1837, día destinado para el término de la breve y tormentosa vida de LARRA. Su amada, después de cinco años de amores, quería romper unos lazos doblemente ilegítimos y criminales, y él lo resistía con todas sus fuerzas. Creyendo poderla decidir á cambiar de opinión, quiso tener con ella una entrevista, donde invocase los antiguos recuerdos, é hiciese valer sus protestas de ahora. Túvola en efecto en su casa la noche de dicho día; pero nada consiguió. Todos los esfuerzos del amante se estrellaron ante la impasible resolu-

cion de la mujer. Esta acabó por exaltarle con su indiferencia glacial, con la incrédula sonrisa con que se burlaba de sus amenazas; y apenas habian pasado unos cuantos minutos despues de haberse despedido friamente y sin dejarle ninguna especie de consuelo, cuando.... oyeron los criados del infortunado LARRA un ruido que al principio tomaron por la caída de un mueble, pero que luego que entraron en la habitacion, despues de un larguísimo rato, conocieron habia sido la detonacion de una pistola con que se habia quitado la vida! ¡Se habia suicidado, delante del espejo! ¡Una de sus pequeñuelas hijas fué la que primero echó de ver la desgracia de su padre!!

Tal fué el fin del primer escritor satírico de nuestros tiempos. El risueño, el ameno, el chistosísimo FIGARO murió de esta manera tan trágica, tan lamentable! No, no disculparemos su accion, ni menos los errores y las faltas que poco á poco le arrojaron en el delirio que se la hizo eometer; pero séanos permitido derramar alguna lágrima sobre su tumba, sobre la tumba del jóven escritor, que con tanta gloria marchaba por las mismas huellas que Cervantes, que Moliere, que Juvenal, y que todos los grandes satíricos. Algunos años mas de vida; alguna mas grandeza en su genio, hé aquí lo que le faltó para haberse colocado á la altura acaso de estos nombres: los homenajes tributados á su memoria atestiguan bien cuán grande era el vacío que iba á dejar en las letras españolas contemporáneas. Sabida es la pompa con que fué acompañado á su última morada; sabidas las sentidas composiciones que se leyeron sobre su cadáver; las tristes palabras que allí se pronunciaron; el dolor que se retrataba en todos los semblantes.

Concluyamos, pues, añadiendo, que la circunstancia de haber muerto antes de los 28 años, dejando una esposa jóven con un niño que ahora debe tener 15 años, y dos niñas, la una 13 y la otra 11, dá á la memoria del malhadado D. MARIANO JOSE DE LARRA un nuevo derecho á nuestro respeto y á nuestra consideracion.

AL LICEO DE BADAJOZ. ⁽¹⁾

INÉDITA.

Vamos á vindicar de Estremadura
La capital oscura,
Y á levantarla en palmas, estremeños,
Que por Dios es vergüenza
Que otra ciudad nos venza,
Siendo de igual poder nosotros dueños.

Vamos á levantarla como á espuma,
La pereza que abruma
Los talentos brillantes sacudiendo,
Y un mentís de tal modo
A dar al reino todo,
Que está de nuestra inercia sonriendo.

Porque los ojos fijos en la tierra
Que ilustre cuna encierra
Del mas valiente capitan del mundo,
España atentamente
Siempre aguarda impaciente
Nuevas flores de suelo tan fecundo.

Porque tuvimos héroes esforzados
Vernos quiere ilustrados;
Porque tuvimos sábios y poetas
Nos pide ciencia y canto,
Y nosotros en tanto
¿Mudos dejamos nuestras glorias quietas?

Juventud numerosa en torno veo,
Que en ardiente deseo
De aspirar á saber arde y se inflama;
Juventud animosa,
Que vuela hoy presurosa
Donde la voz de ilustracion la llama.

(1) Leida por su autora en el Liceo de esta ciudad.

No há menester buscar en otro suelo
La juventud modelo,
Para trazar creaciones inmortales;
Que en la ciudad oscura,
Si adora la pintura,
Tiene en soberbio altar al gran MORALES.

Si de otros génios las carreras bellas
Quiere andar por sus huellas,
No há menester cruzar tierras lejanas;
Que un siglo solamente
Presenta en nuestra gente,
DONOSOS, ESPRONCEDAS, y QUINTANAS!

En las armas, las letras y las artes,
Cunden por todas partes
De ingenios extremeños las victorias,
Y nuestros pueblos solo,
Los mas rudos del polo,
¿Habrán de desdeñar tan altas glorias?

¡Tierra bendita donde brotan, crecen,
Se ensanchan y florecen
Los mas hermosos troncos de Castilla,
Las fuerzas te ofrecemos
Con que cultivo demos
A tu nueva y riquísima semilla!

Ábranse libros, ármense pinceles,
Y acudan los donceles
En esta lid á conquistar hazañas;
Y vosotras, doncellas,
No os esquivéis por bellas,
Que ya no sois á este recinto estrañas.

En danzas y festines os han visto,
Y no es, por Jesucristo,
La danza y el festin mas inocente
Que la bella pintura,
Que la música pura,
Y la rima sonora y elocuente.

Dejad atrás preocupaciones viejas;

Dejad rancias consejas;
Mostrad, si lo teneis, ingenio hermoso;
Que solo el vicio feo
Y no el útil recreo,
Es en las damas malo y vergonzoso.

Venid todos, venid de Estremadura
La capital oscura
A vindicar con vuestro celo ardiente;
Y á esta ciudad ufana,
Tal vez puedan mañana
Cuna llamar de la discreta gente.

¡Constancia! ¡aplicacion! yo la primera,
Alumna placentera,
Vuestras lecciones aprender deseo;
Y hoy con mi débil canto,
Por beneficio tanto,
Saludo á los señores del Liceo!

CAROLINA CORONADO.

DE LA INFLUENCIA

DEL CLIMA Y ALIMENTOS

SOBRE LA FISONOMIA HUMANA.

(Continuacion.)

La templanza del clima escusa á las andaluzas el uso de la mucha ropa, y aun de que esta sea gruesa ni tosca; de ahí les viene el aliñarse con pocas telas delgadas, finísimas hasta la ostentacion, y no demasiadamente cumplidas, de manera que dejan percibir la elegante conformacion de su figura, y sus fáciles y agraciados movimientos: especialmente el pie (de que con razon se vanaglorían) le suelen llevar exento hasta allí donde saben que pasando llegaría á desmerecer, y la limpieza del calzado y demás atavíos que le

circundan, su finura, y aun la ostentacion que hacen de sus adornos, dan no poco que reparar á los que por primera vez las miran. Tienen la fisonomía mas animada y espresiva que se observa en ningunas otras mujeres de Europa; sus actitudes y movimientos hablan; sus ojos negros y llenos de vivacidad deslumbran, y su habla y sus caricias son un lazo de que con dificultad suele desenredarse el que no ha nacido, crecido, vivido y connaturalizándose con sus embelesos: tienen gracia y agudeza imponderable en el decir; pasan la juventud en limpiar y adornar su cuerpo y las habitaciones: en las diversiones y pasatiempos son volubles y caprichosas.

No absolutamente en todas las andaluzas concurren iguales circunstancias: en esto se han de tener presentes las muchas modificaciones de variedad de clima, alimentos y usanzas de que hablamos al principio: las de Cádiz y Málaga, v. g., esceden en atractivos y embelesos á las de Granada y Sevilla; estas á las de Córdoba y Jaen; y estas respectivamente á las de Andujar, Baeza, etc.

Pero si las gracias de las andaluzas son tan seductivas; si los albores y encantos de la juventud despuntan en este pais placentero mas aprisa y son mas estremados, tambien tienen la desgracia de pasar con mas rapidez que en otras partes, y van acompañados del terrible contrapeso de una vejez mas prolongada y cansada que en otros paises, donde la laboriosidad y las ocupaciones sólidas forman la base de la existencia mujerial. La vejez, que por gozar muy aprisa de la juventud sobreviene á las andaluzas, cuando las catalanas y gallegas todavía están con su vigor y lozanía, es allí tan fastidiosa cuanto la juventud es risueña, plácida y encantadora. Se hacen las mujeres de aquellas provincias, pasada esta edad halagüeña, insufriblemente parladoras; son supersticiosas en extremo, y rezadoras sin término, como jocosamente lo demuestra Cervantes en varios parajes de sus obras, y en especial en la novela *Rinconete y Cortadillo*, y en la de *El Casamiento engañoso*.

Los franceses, despues de su regreso á su patria de resultas de las campañas de invasion y de ocupacion de España, han apurado los hipérbolos, las frases y comparaciones poéticas y mitológicas en alabanza de los risueños paises del Andalucía y de sus agraciadas moradoras: el enfático Chateaubriand en las aventuras de su *Ultimo Abencerraje* ha querido engalanar su prosa poética con ficciones y perspectivas hijas de su imaginacion ideal y muchas veces estraviada: aun el famoso Fenelon ejercitó su fantasía y su pluma en lo mismo; pero (como casi todas las descripciones que hacen del mundo los que escriben en aquel pais) carecen de verdad, de filosofía, de exactitud. Y nosotros por el contrario, que podíamos hacerlas con ajustada precision, tenemos que atenuar la viveza y animacion del verdadero colorido del cuadro seductor de aquellas provincias, para que no se ofendan los moradores de las otras, y porque la poca costumbre que tenemos los españoles de escribir, leer y apreciar nuestras cosas, hace que todo lo estrañemos, que todo lo esquivemos, aun los propios retratos en la parte misma que mas nos favorecen.

Poco nos ocuparán las mujeres de Estremadura: á escepcion de la tierra baja confinante con la provincia de Sevilla, donde suele haberlas muy agraciadas, aunque morenas, por lo demás se resienten de la sequedad del pais, del uso continuado de alimentos fuertes, crasos, pican-tes, etc. La tez de su rostro es ciertamente de lo menos grato de España, y sus gracias femeniles ofrecen pequeños atractivos á los que han recorrido otros paises. Lo mismo puede decirse de la mayor parte de las portuguesas, que además usan trajes poco agraciados; no obstante que en Lisboa y sus contornos, en Oporto y demás puntos de la costa del mar suelen ser de carnes abultadas, usan trages limpios, y tienen habla graciosa. Lisboa por ser puerto tan principal y concurrido encierra muchas bellezas de todas las naciones, y lo mejor del reino portugués: en lo interior, á causa del carácter celoso de los hom-

bres, viven muy encerradas y guardadas las señoras mujeres.

Pues siguiendo la circunferencia de nuestras costas marítimas, despues del Portugal tocamos en Galicia, donde las mujeres son parcas, usan alimentos acuosos, y trabajan escesivamente: los albores de la hermosura se manifiestan mas tarde que en las provincias meridionales, pero son mas permanentes; suelen andar descalzas, desaliñadas, y usan ropas bastas en los pueblos pequeños y montañosos, lo que es siempre feo y desagradable: son de tez blanca, rubicunda, y abultadas de carnes; rústicas en su trato, pero sencillas y agradables.

Las que habitan en las ciudades, en especial las de la costa, como Coruña, Ferrol, etc., mas cuidadosas de sus gracias, mas astutas y refinadas con el trato de la gente de mar, cuidan de ataviarse para parecer bien: las hay hermosísimas, finas en su trato, aseadas, y mezclan con el idioma castellano algo del acento del pais, que agrada en algunas demasiadamente: tienen poco fuego en los ojos.

Poco se diferencian de las gallegas las asturianas y montañesas de Santander: el clima todo de aquellas costas es muy análogo, los alimentos igualmente frescos y húmedos, las costumbres rústicas y sencillas, las ocupaciones penosas, los trages burdos y desaliñados: son de abultadas carnes, blancas, rubicundas, pero de toscas actitudes y pesado movimiento: las de las poblaciones grandes, que cuidan de ataviarse, suelen parecer hermosísimas, aunque su fisonomía es algo apagada.

Las vizcainas, guipuzcoanas y alavesas usan mucha variedad de alimentos suaves; tienen mas atractivo; su fisonomía es mas animada y expresiva; son muy aseadas; gastan ropas mas finas; tienen mucha sociabilidad y agasajo (en particular las alavesas y guipuzcoanas); sus ojos no escasean de lumbré y de viveza; son de continente gallardo; de buena conformacion; blancas, aunque no abultadas de carnes.

No las igualan en dotes las navarras: son todavía mas enjutas de carnes, y de tez menos lisa, de conformacion poco elegante, altas, y no grandemente aliñadas de traje aunque limpias: son mas comedoras y golosas que las del resto de España.

Las dos Castillas forman el corazon de la Península española; y como en su vasta estension participan los moradores de muy diversas temperaturas, atmósfera mas ó menos despejada; perspectivas risueñas y magestuosas; escenas amenas, agrestes, áridas y caprichosas, y mayor diferencia de aguas y de alimentos; de ahí viene que el carácter de sus moradores no esté marcado con un distintivo peculiar, ni su fisonomía tan específicamente denotada: son aptos para todo, y las mujeres dispuestas á cuanto quiere pedírselas, ó se exige de ellas: aquí son mas eficaces que en las provincias de la circunferencia los efectos de la costumbre y los de la educacion, y ejercen mas influencia que los del clima y de los alimentos, los cuales, á causa de su variedad, se neutralizan y dejan de tener preponderancia. Se advierte sin embargo una notable diferencia entre las burgalesas y manchegas: son las primeras mas limpias y ágiles, mas blancas, de tez mas grata, y muy mejor parecidas. Por tierra de Salamanca y por la Alcarria suele haberlas lindas; pero, usando la mayor parte de ropas burdas, y no siendo tan general en ellas la limpieza, solamente se encuentran con atractivos en aquellas poblaciones donde por costumbre han adoptado el uso de ropas mas finas, tienen mayor aseo, y usan de modales menos groseros y mas agasajadores, que regularmente es en los pueblos donde ha crecido la industria, tráfico y comercio.

No hablaremos de la provincia de Madrid, porque hemos dado nuestro juicio al hablar de ella en su lugar.

(Se continuará.)

Con lágrimas de alegría
Y sollozos de ternura:

Mas observa en torno suyo,
Y oye el reto que retumba,
Como entre confusos ecos
Y entre palabras confusas.

Y así temblorosa, aguarda
El momento que la ocupa
Há tres dias y tres noches
Con que su amor asegura.

Mas la triste espera en vano
A que su Don Juan acuda,
Que pasan horas y horas
Y Don Juan no llega nunca.

Y pues el ruidoso reto
Ya á ninguno se le oculta
De los que en plática alegre
El ancho salon circundan,
Despejaron poco á poco
Las señoras la tertulia,
Y ellos por acompañarlas
Hicieron lo que acostumbran;
Dejando en llanto bañada
La angelical hermosura,
Que siente latir su pecho
Sin esperanza ninguna:
Que es la vida miserable,
Y tan poco el placer dura,
Que siempre un goce presagia
Reveses de la fortuna.

Mas viéndose en soledad
Medita su desventura,
Y del dolorido llanto
Sus bellos ojos se enjugan;
Y su amante corazon,
Que en dobles latidos pulsa,
Parece que violento
Del pecho salir procura;
Y es cierto; que hay una idea
Que su desconsuelo endulza,
Porque levanta sus ojos
Serenos hácia la altura,
Como quien demanda al cielo
Su consoladora ayuda.
Tendió luego una mirada
Entre risueña y adusta
Por el desierto salon,

Testigo de su amargura,
Como quien se afirma al cabo
En resolucion que duda.

Y así fué; porque se alzó
Con paso y planta segura,
Y al levantarse se oyeron
Con el ruido que susurran
La falda de raso blanco
Pendiente de su cintura,
Y los lazos y las cintas
Que se apartan y se agrupan,
Algunas frases nacientes
Que sobre sus lábios surcan,
Y que al ir á pronunciarlas
Se deshacen como espuma,
Que al leve soplo del aire
Cuando nace se sepulta;

Y ya lejos, al perderse
En la sombra que la ofusca,
Cual blanca vision flotante
Que se desliza en la bruma,
Dejó escapar un suspiro
De intensísima dulzura,
Que acompañan, aunque débiles,
Estas frases que pronuncia:
«¡Ah!... cuando felicidades
»Vemos que en redor se agrupan,
»Es porque siguiendo vienen
»Penas, males, y amarguras.»

(Se concluirá.)

REVISTA DE TEATROS.

CRUZ.

Teniendo que entrar ya en prensa el presente número sin haber podido asistir mas que á la primera representacion de *I Lombardi*, seremos por hoy muy breves; y en verdad que nos felicitamos de esta circunstancia que nos impide entrar en largos pormenores, para nosotros tanto mas enojosos, cuanto que, contra nuestro deseo, nos obligarían á mostrarnos acaso demasiado severos.

La señorita Difrancó, que ha debutado con esta ópera en los teatros de la corte, y á quien no habíamos oído hace ya algunos años, posee sin

disputa una cualidad no de las menos importantes en un cantante, y especialmente en una mujer, la de ser muy linda; y una voz dulce y en extremo agradable, aunque de no mucha estension y de escaso volúmen. No sabemos si la manera como ha sido recibida del público, aunque satisfactoria, habrá llenado completamente sus deseos y esperanzas, su ambicion de artista: lo que sí nos atrevemos á asegurar es, que para conseguirlo deben presentársele en la partitura que eligió mayores dificultades que en cualquiera otra de diverso género. Lo hemos dicho: la señorita Difrancó tiene una voz dulcísima, pero de escasísimo cuerpo; se halla aun en estado de hacer no pocos progresos en vocalizacion, y, ¿nos atreveremos á indicarlo? en la parte de escena tambien. La música de Verdi, que es en sus cantos todo fuerza y valentía, en su instrumentacion todo estrépito y brillantez, no es, pues, la que está mas en armonía con sus facultades: estudiará mucho, hará laudables esfuerzos por cantarla con espresion, con energía, por interpretarla dignamente, en una palabra, y todo su buen deseo, todo su entusiasmo de artista vendrá á estrellarse contra la debilidad de su órgano vocal, llamado por su naturaleza á espresar sentimientos, mas dulces que vigorosos, mas tiernos que arrogantes. En Donizetti, mejor aun, en Bellini; hé ahí donde, á nuestro pobre juicio, debe buscar su repertorio.

Estas son las reflexiones que naturalmente se nos ocurrieron al oír á esta tiple la primera noche. Ahora, en cuanto á la ejecucion por su parte, diremos solamente que, si no nos es infiel nuestra memoria, la pieza que cantó con mas brio y maestría fué la hermosa *aria* coreada, final del segundo acto, y el *terceto* del tercero con los Sres. Carrion y Becerra. En la primera fué bastante aplaudida y en el segundo llamada con sus compañeros á la escena.

El tenor Carrion sostiene en esta ópera la ventajosa opinion que supo conquistarse en el *Hernani*, cantando con sumo gusto y sentimiento en no pocas escenas, y siempre con afinacion. En el *aria* de salida del segundo acto, particularmente, por el modo como dijo así el *andante* como el *alegro*, arrancó universales aplausos: en el *terceto* citado rivalizó con la prima donna en fuego y espresion; y, si no temiéramos herir susceptibilidades, nos atreveríamos á decir que es el que en esta ópera descuella sobre todos, el que satisfizo mas al público.

Sospechamos que el Sr. Becerra debió de estar la primera noche no muy en voz, porque nunca le hemos oído cantar con menos afinacion, mas desaliñadamente: á esto último haya tal vez contribuido la premura con que se ha puesto *I Lombardi* en escena, y que sin duda no le ha permitido familiarizarse y dominar su papel completamente. Y es lástima que no haya sabido ó podido sacar partido de él, siendo como es todo de bastante lucimiento. En efecto, es preciso confesar que no comprendió absolutamente el *andante* de su hermosa *aria* del primer acto, que dijo con frialdad y poco gusto, lo mismo que el *alegro*. Observamos que en esta pieza desafinó mas visiblemente, sin duda por estarle muy alta, en cuyo caso habria valido mas que la hubiese transportado.

El Sr. Ordan, de cuya agradable y simpática voz habíamos podido ya juzgar en el *Hernani*, si bien no quisimos ocuparnos de él al hablar de dicha ópera por lo secundario de la parte que se le confió, desempeña en la que nos ocupa muy ventajosamente la de *Arbino*, cantando el *duettino* del segundo acto con el Sr. Becerra, y el lindo recitado y *arieta* del tercero con gusto y valentía: en esta última pieza el público le hizo justicia y fué estrepitosamente aplaudido. Igualmente bien desempeñó su parte en el *terceto* y en el magnífico *cuarteto* final del primer acto. En una palabra, creemos que la empresa de este teatro ha andado muy acertada en ajustar á este tenor, pues difícilmente hubiera encontrado otro mas apropiado que el Sr. Ordan en la categoría de comprimarios.

Los coros medianamente: en el de mujeres del primer acto notamos por parte de las segundas tiples alguna desafinacion.

Por lo que toca á la escena quisiéramos ver corregidos en lo sucesivo algunos defectos, que todos tuvieron ocasion de observar en la primera representacion que nos ocupa: el entorpecimiento y lentitud en el cambio de decoraciones, la mezquindad escesiva de algunas, como por ejemplo la tienda de campaña, tan ennegrecida y llena de lamparones como si hubiera servido durante todas nuestras guerras civiles; finalmente, la zambra de entre bastidores, que llega hasta el público, y los sendos trancazos con que se marca el compás á los coros de dentro en el tercer acto, y que hacen un efecto por cierto no muy agradable.